

Ni Fausto ni Mefistófeles.

Crítica de la impaciencia revolucionaria

“ Dimitrov (señalando a Van der Lubbe): *El provocador desconocido se preocupó de todos los preparativos del incendio. Este Mefistófeles supo desaparecer sin dejar rastro. Y aquí sólo tenemos al ‘instrumento’ estúpido, al pobre Fausto, pero Mefistófeles, ha desaparecido... Lo más probable es que fuera en Hennigsdorf donde se tendiera el puente entre Lubbe y los representantes de la provocación política, agentes de los enemigos de la clase obrera*”¹

La noche del 27 de febrero de 1933 el Reichstag, sede del parlamento alemán, es incendiado. Setenta y seis años después de aquel suceso, el pasado 10 de enero, se cumplió el 75 aniversario de la ejecución de la única persona que tomó la decisión de llevarlo a cabo, Marinus van der Lubbe (1909-1934). Sin embargo, la soledad del acto, tanto en sus escasos preparativos como en la realización del mismo, fue enterrada por la lucha dialéctica entablada entre dos poderosas organizaciones, el Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán, el NSDAP, y la Internacional Comunista, que aprovecharon sobre la marcha el suceso para proseguir su particular enfrentamiento en el campo de batalla ideológico que representó el juicio de Leipzig. La acción de Marinus permitió que la política nazi de exterminio de la oposición política, sobre todo y en primer lugar del Partido Comunista Alemán, el KPD, saltara de un estado incipiente de provocación a acelerarse con el argumento de responsabilizar al KPD del incendio, atribuyéndole con ello el querer dar la señal del inicio de la insurrección para la toma del poder. A este auténtico complot nazi, los comunistas supieron responder rápida y acertadamente. El incendio, no sólo no se correspondía con la política llevada a cabo por el KPD hasta ese momento, sino que la falsedad de la imputación será desmontada paso a paso en sus mismos presupuestos. Jorge Dimitrov², principal detenido y miembro de la Internacional, denunció el acto como una trama complotista orquestada por la dirección nazi para generar una nueva provocación y criminalizar al movimiento comunista para, así, justificar su represión definitiva. La política del NSDAP, de continuos enfrentamientos y provocaciones contra el movimiento obrero y la oposición política de izquierdas durante todo el año anterior, hacía verosímil el complot nazi y dio gran credibilidad a la defensa comunista que se basó en este argumento para volver en su contra el complot. El desenlace del juicio fue doble: en primer lugar, el NSDAP consiguió su propósito en territorio alemán, aniquilar prácticamente al hasta entonces considerado partido comunista más potente del mundo después del soviético. En segundo lugar, el juicio público se saldó brillantemente con la absolución de los acusados comunistas, después de vencer en la pugna sofisticada que, en un juicio plagado de irregularidades y amañado de antemano, enfrentaba al tribunal, fiel ejecutor del complot anticomunista construido por los nazis, contra Dimitrov, que representó su propia defensa y la de los otros camaradas acusados, en nombre del comunismo internacional. Esta victoria mediática internacional hará prevalecer durante décadas la versión del complot nazi, versión que estaba favorecida por el ambiente mundial de antifascismo creciente durante los años treinta y que, posteriormente al final de la Segunda Guerra Mundial, vendrá refrendada por la historiografía occidental, que también se sumará por interés compartido a la versión comunista.

1 Citado del “Estenograma del discurso de conclusión ante el tribunal, pronunciado el 16 de diciembre de 1933”, en *El Proceso de Leipzig (1933-1934)*. Editorial de libros en Lenguas Extranjeras. Sofía, 1962; pág. 173.

2 Dimitrov, exiliado búlgaro en Alemania, fue denunciado por un camarero del bar en donde se reunía con otros exiliados, a raíz de la campaña de histerismo persecutorio desatada por los nazis para la captura de los considerados responsables materiales e intelectuales del incendio junto a Marinus.

Una vida de combate... individual³

Pero, como ya hemos dicho, una sola persona fue la responsable intelectual y material del incendio. Marinus van der Lubbe, que no llegará a alcanzar los 24 años de edad, era un joven proletario holandés de origen humilde y de familia desestructurada. Huérfano de niño, pronto ha de ponerse a trabajar, encajando en la profesión de albañil. En gran medida autodidacta, abraza el comunismo con pasión, ingresando a los 16 años en la Liga de la Juventud Comunista. Dos accidentes laborales muy seguidos le causarán una ceguera progresiva, dejándole incapacitado para seguir trabajando con regularidad. Recibirá una reducida pensión de invalidez que compaginará con trabajos esporádicos. Pero su actividad principal será como comunista, siendo monopolizada por la acción de calle, pintadas, panfletos y enfrentamientos con la policía, lo que le llevará varias veces a prisión. La bolchevización del Partido, siguiendo los dictados del V Congreso de la Internacional Comunista, así como la disciplina “burocrática” que predomina en la organización y las críticas hacia los derrotados que está tomando la revolución en la URSS decidirán, no sin pesar, su abandono definitivo del Partido Comunista Holandés, después de varios intentos anteriores que no se consumaron por propia indecisión. El radicalismo libertario de Marinus le lleva a discrepar de la estructura organizativa demasiado rígida, topando con la disciplina impuesta por la organización jerárquica del partido leninista, que, según su criterio, limita y controla la acción directa y la iniciativa espontánea de las masas, por las que siente especial debilidad. En 1931, la organización local del Partido reprenderá a Marinus la iniciativa y preparación, por cuenta propia, de un viaje a la URSS⁴, convirtiéndose en la causa final que le llevará al abandono definitivo del Partido.

Inclinado como está por las relaciones más informales que por la disciplina militante característica del bolchevismo, se apuntará al Grupo de Comunistas Internacionales (GIK), organización de la corriente consejista de la izquierda comunista dirigida por Pannekoek y Gorter, poniéndose con entusiasmo a trabajar en el desarrollo de las acciones espontáneas del proletariado, pues, según él, la lucha contra la opresión y explotación capitalistas ha de venir por sí misma. El valor secundario que le otorga a la teoría le lleva a abandonar también este grupo para fundar la Oposición de Obreros de Izquierda (LAO). El GIK centraba su acción en la propaganda para desarrollar el movimiento de masas, mientras el LAO pretendía acelerar el proceso por medio de la lucha directa de la clase. Marinus podía por fin realizar su propio ideal de acción sin encontrar la oposición de sus camaradas o de la estructura de la organización. Proseguirá su labor de denuncia pública entre los obreros, por innecesaria y limitadora, de la dirección del proletariado tanto política como sindical e insistirá en que los trabajadores deben de aprender a actuar por sí mismos sin esperar a ser dirigidos.

El Incendio del Reichstag

El 30 de enero de 1933 Hitler consigue el puesto de Canciller del Reich. Durante todo 1932 los disturbios han ido en aumento en Alemania, lo que la proclamación de Hitler no hará más que incrementar. La amplificación con que la prensa obrera y revolucionaria holandesa describe los acontecimientos políticos que se están desarrollando en Alemania estimulará la inclinación de Marinus por la acción, lo cual favorecerá su decisión de involucrarse. Marinus, libre e independientemente, decide ir a Berlín, a pesar de que sus camaradas no consideran esa necesidad de intervenir, negándose a acompañarle. Siente un rechazo radical por el capitalismo y está obsesionado con evitar otra guerra mundial. No es especialmente antifascista pues considera al fascismo parte del sistema social capitalista contra el que se ha de luchar allí donde se pueda. Para él, como para muchos en aquella época, Alemania representa el más sólido bastión del proletariado europeo después de la URSS, y en su clase obrera pone las esperanzas de la revolución. Él quiere estar presente en el momento en que esto se produzca pues cree inminente el levantamiento contra el capitalismo dirigido ahora por los nazis. Sin embargo, su decepción será grande. A pesar de que, además del ejército, existen cuatro milicias distintas de partido en Alemania en aquellos momentos (comunistas, socialdemócratas,

³ Las referencias biográficas están basadas mayoritariamente en el libro de Nico Jassies, *Marinus van der Lubbe y el incendio del Reichstag*. Alikornio Ediciones. Barcelona, 2008.

⁴ Hasta en tres ocasiones intentará llegar a la URSS por propia iniciativa, siempre sin éxito.

nacionalistas y nazis), el combate abierto sólo está en mente de los nazis, que son los que llevan a cabo la ofensiva violenta en la calle. Las masas obreras no responden, resisten siguiendo las directrices de sus organizaciones. Mientras las SA (Secciones de Asalto del NSDAP) infiltran, provocan y atacan al movimiento obrero⁵, el KPD dirige sus ataques contra el socialfascista Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD, procurando no caer en las provocaciones nazis⁶. Marinus comprueba que el proletariado sigue las consignas de sus partidos y sindicatos, que contienen las luchas para frenar la tendencia a incrementar la espiral de violencia, por lo que cree necesario un revulsivo que fuerce la situación, para que las masas sobrepasen la inactividad de sus direcciones. Como después de los primeros días en Berlín, adonde llega el 18 de febrero, forzando el debate en busca de la complicidad de obreros y parados no consigue su propósito, decide que debe actuar, aunque sea en solitario, y realizar algún acto espectacular que sirva como detonante para despertar del aletargamiento a las masas para que se pongan en marcha por sí solas tomando la dirección sobre los acontecimientos por sí mismas. Comprará, pues, el material incendiario que considera necesario y, después de haber intentado que prenda el fuego, sin éxito, en varios edificios que albergan instituciones representativas del Estado burgués⁷, decepcionado y casi sin dinero se aprestará a regresar a Holanda. Sin embargo, dos días después de estas intentonas fallidas, decide probar suerte una vez más, encaminándose hacia el Reichstag. Después de pasar parte del día estudiando el edificio, a la caída de la noche, entrará por una ventana y prenderá, esta vez sí exitosamente, fuego en varias de las dependencias, incluido el anfiteatro, sede de la sala de sesiones parlamentarias. Perseguido por el edificio, Marinus es detenido y llevado a comisaría, donde confesará orgulloso su acto de protesta con todo detalle.

Trascendencia e implicaciones de la acción de Marinus

Efectivamente, ante la impotencia en la que Marinus percibe que se encuentra la clase obrera alemana, secuestrada por las direcciones de sus partidos y sindicatos, decide hacer algo, un acto de protesta contra esta situación en la que se encuentra el sistema, un acto de protesta individual⁸. A pesar de que la noticia del incendio fuera recibida, en un primer momento, con simpatía e incluso alegría en distintos ambientes revolucionarios de Europa, la individualidad del acto favorecerá su uso y manipulación por fuerzas mucho más poderosas.

La utilidad de una acción se mide por el resultado. También Marinus parecía tener claro este criterio y, sin embargo, no sopesó el resultado probable⁹. La acción directa, inmediata, espontánea, fruto del arrebató escasamente meditado y provocado como reacción instantánea a un estímulo negativo, raramente ha tenido un resultado que, cuanto menos, haya podido reportar provecho directo alguno a la causa en nombre de la cual se realiza.

Este es el primer problema que plantea la acción de Marinus, un acto de espontaneísmo individual, aislado del proletariado y, por ello, fácilmente instrumentalizable. El resultado del acto será el opuesto al que él mismo quería conseguir. El enfrentamiento entre comunistas y nazis acaparará el protagonismo en el juicio y se extenderá al plano mediático internacional. La intención inicial de Marinus como acto de protesta pasará inadvertida. Incluso si, como afirma algún historiador¹⁰, Marinus actuó esperando lanzar la señal de la insurrección del proletariado contra el sistema capitalista, no podía estar ese objetivo más alejado de las intenciones de las organizaciones obreras alemanas ni de las amplias masas encuadradas tras ellas.

Por otro lado, incurrir en la exaltación del acto desesperado de Marinus no ayuda a la hora de

5 *El Proceso*, pág. 112.

6 Nicos Poulantzas. *Fascismo y dictadura, la III Internacional frente al fascismo*. Siglo XXI. Madrid, 1973; pág. 209 y ss.

7 El día 25 de febrero Marinus intentará incendiar en este orden, la Oficina de Ayuda Social de Neukölln, el Ayuntamiento y el Palacio Imperial, todos sofocados al poco tiempo sin causar excesivos destrozos.

8 “*Mi opinión era que es absolutamente necesario hacer algo para protestar contra este sistema. Como los trabajadores, claramente, no quieren hacer nada, he querido hacer algo por mí mismo. He pensado que provocar un incendio en alguna parte era un medio válido*”. (De su confesión ante la policía. Cf. Jassies, *op. cit.*, pág. 31).

9 *Ibidem*, pág. 44.

10 *Ibid.*, pág. 71.

establecer su correcto balance. Nico Jassies, autor del libro reseñado, se hace eco de los esfuerzos y argumentos que los Comités Van der Lubbe¹¹ expusieron en su *Libro Rojo*¹², en donde señalaban, en libre interpretación, que Marinus “*se había visto, por así decirlo, empujado hacia el edificio que para la clase obrera alemana en particular y para el proletariado mundial, en general, era el símbolo de toda la servidumbre político-económica y de toda negación de derecho: ¡el edificio del Reichstag! [...] La chispa es la acción. En la noche del 27 de febrero, Marinus van der Lubbe da fuego a ese templo, a ese palacio de chanchullo y traición*”¹³. Por el contrario, el incendio del Reichstag no es más que el resultado exitoso del cuarto intento de prender fuego, dos días después de haberlo intentado con otros edificios que albergaban instituciones burguesas, todas ellas de una categoría emblemática e institucional inferior. No tenía previsto prender fuego al Reichstag al iniciar su acción. Es una decisión que toma sobre la marcha, cuando ya ha emprendido el camino de regreso a Holanda: “*Ya casi no le queda dinero, las acciones intentadas en Berlín no han dado ningún resultado, y la actitud de la gente le ha decepcionado. En las primeras horas de la noche se presenta en la comisaría de Hennigsdorf, una pequeña ciudad cerca de Berlín, para dormir en la celda reservada a los sin-techo, práctica entonces muy habitual. Pero en la noche cambia de opinión. Quiere intentarlo otra vez. El lunes por la mañana, se pone de nuevo en marcha hacia Berlín donde, en las primeras horas de la tarde, compra cuatro paquetes de pastillas inflamables. Luego, va al Reichstag para estudiar el edificio desde la calle*”¹⁴. Ni la motivación era servir de señal, ni el edificio escogido especialmente para servir adecuadamente a tal efecto. Tampoco la chispa es realizar la acción, si esa acción es, no sólo individual y alejada de todo plan sino, además, aislada de las organizaciones revolucionarias y de las masas proletarias que las secundan. No hay motivo para sentirse orgulloso, como proletario revolucionario profundamente anticapitalista, de un acto de este tipo. El criterio del resultado debería de ser suficiente para tratar esta acción como inservible e incluso contraproducente en donde el primer resultado es la caída y eliminación, inútil por otra parte, de un obrero revolucionario como era Marinus.

El incendio dará paso al juicio público que tendrá lugar en Leipzig. Desde él se irradiarán al resto de la humanidad las verdaderas e inmediatas consecuencias de la acción de Marinus. Dos propagandas, la del partido nazi y la de la Internacional Comunista se enfrentarán. Por un lado, los nazis aprovecharán el incendio para acusar a los comunistas de dar con él la señal de la insurrección armada y desatarán una virulenta campaña anticomunista que tendrá eco en todo el país, justificada ante la opinión pública con ese acto, que será el preámbulo de una “*ofensiva general contra el movimiento revolucionario del proletariado alemán*” para poner freno al bolchevismo internacional¹⁵. Inmediatamente después del incendio y basándose en la posibilidad dispuesta en la Constitución de Weimar, la presión de los nazis forzará la aprobación, justo el día después del incendio, de un *Decreto*¹⁶ de excepción suspendiendo los derechos y libertades constitucionales básicos, permitiendo en nombre de la seguridad pública y del Estado el registro y la detención de cualquier sospechoso. Comenzará pues la detención de millares de comunistas y afines, a la que le seguirá en poco tiempo la represión contra los opositores de otros partidos. A pesar de que el acoso a los comunistas había empezado antes de que se produjera el incendio, la promulgación del *Decreto* servirá de base jurídica legal para el aumento indiscriminado y masivo de la represión, la ilegalización del KPD y el

11 Por iniciativa de sus camaradas del LAO, se crearán varios Comités de apoyo a Marinus en distintos países para defender la acción por él perpetrada como un acto de dignificación proletaria: “*Entre los millones de espaldas encorvadas del rebaño electoral dócil y sumiso, un proletario se ha levantado para golpear sus caras de Judas [se refieren a los socialistas y a los comunistas]*”. (*Ibid.*, pág. 37).

12 El *Libro Rojo*, redactado por miembros de los Comités Van der Lubbe, saldrá a la luz para desmentir las mentiras que sobre Marinus se vertían en el *Libro Pardo*, inducido por la Internacional Comunista, que difundía la teoría de la provocación nazi, en el sentido de que Marinus estaría contaminado por las ideas fascistas y habría servido a sus propósitos con el incendio, además de estigmatizarlo deplorablemente denunciando una supuesta homosexualidad que le haría someterse voluntariamente a los nazis. El *Libro Pardo* fue un arma a la que ambos bandos recurrieron repetidamente durante el juicio (Cf. *El Proceso*, pág. 201).

13 Jassies, *op. cit.*, pág. 39.

14 *Ibidem*, pág. 28.

15 *El Proceso*, pág. 202.

16 *Decreto del Presidente del Reich para la Protección del pueblo y del Estado*, promulgado el 28 de febrero de 1933, cf. *El Proceso*, pág. 169.

sometimiento posterior del resto de organizaciones políticas y sindicales, acompañado de un consenso y apoyo entre las masas, sobre todo de la amplia clase media, y de la mayoría de la opinión pública, que los nazis aún no controlaban completamente poco antes. Por otro lado, la sólida coartada de Dimitrov y de los otros dos comunistas búlgaros detenidos, unido a su destacada intervención, con la que desmontaba las acusaciones preparadas del tribunal en su contra, estableciendo como base de la argumentación principios de unidad democrática antifascista y no revolucionarios, volcarán a toda la democracia occidental antifascista en la defensa de los argumentos del complot de la provocación nazi. Dimitrov hará valer sus dotes de dirigente bien preparado y buen orador. Al tener enfrente, como enemigo poderoso, al nazi-fascismo, se torna tarea principal el vencerlo, por lo que la esencia de su discurso democrático burgués de renuncia a la revolución pasará a segundo plano, desapercibido para la mayoría de las masas proletarias y, peor aún, justificado por ellas. Expondrá en el juicio el programa de la Internacional Comunista que acabará siendo sancionado en el VII Congreso de 1935. Este planteamiento antifascista ha logrado dejar en ese segundo plano el comportamiento capitulacionista y defensivo del KPD, que no tenía en ningún momento la intención de luchar por el poder ni de prepararse para ello. En los años treinta la Internacional Comunista ya estaba renunciando mayoritariamente a la revolución¹⁷, posponiéndola a condiciones de *presión y temperatura* de difícil consecución al venir determinadas por agentes y circunstancias dejadas deliberadamente al margen de la acción organizativa y dirigente del sujeto político revolucionario, el Partido Comunista. Llegado el momento, ya disuelta aquélla en 1943, escribiría su epitafio con la entrega forzada de las armas partisanas en la Europa occidental al finalizar la guerra, en el 45, siendo su dramático prelude el haber traicionado a la revolución en la contienda civil de 1936-39 en el Estado español, en aplicación directa de la nueva estrategia.

El fin justifica los medios

Efectivamente, cuando el fin es lícito, también lo son los medios que se emplean para alcanzarlo. Se podrá debatir indefinidamente sobre si esta frase elevada a precepto goza de un estándar moral y ético más o menos acorde con el esquema de pensamiento dominante en cada época, pero la propia discusión bizantina sobre el tema demuestra su aplicación continuada en todo momento, llegando a jugar su altisonante negación como justificación maquiavélica de la represión más generalizada e indiscriminada contra los derechos más básicos, como puede comprobarse diariamente en la llamada “lucha contra el terrorismo”.

En los años treinta, la lucha se concentraba cada vez más en combatir al fascismo con la misma rapidez con la que éste se extendía por el mundo. La publicación, a primeros de agosto de 1933, del *Libro Pardo sobre el incendio del Reichstag y el terror hitleriano* reunía por primera vez información sobre los campos de concentración, las persecuciones racistas y demás actos de terror perpetrados por los nazis¹⁸. En el libro, se vierten las explicaciones del complot nazi y la implicación que, supuestamente, habría tenido Marinus en él. El objetivo era informar a las masas, prevenirlas y prepararlas para la acción ante lo que se avecinaba. Tenía una misión educativa que alcanzó con bastante éxito; pero, en parte, esas enseñanzas estaban basadas en argumentos falsos y hechos no comprobados destacando, sobre todo, el caso del incendio del Reichstag. El libro, ampliamente difundido por los aliados, introdujo en el acervo común de la población mundial la culpabilidad de los nazis junto a la aceptación de todos los argumentos vertidos para ello. Una humanidad horrorizada por la experiencia de la guerra no podía sino asumir sin fisuras las explicaciones que los acontecimientos recientes no habían hecho más que confirmar dramáticamente. Después del final de la guerra, la versión del complot nazi y las falsificaciones con respecto al incendio se mantendrán durante mucho tiempo porque convenía a los dos bandos enfrentados en la *guerra fría*. El principal argumento para

17 “*¡Trabajo de masas, lucha de masas, resistencia de masas, frente único, y nada de aventuras!: tal es el principio y el fin de la táctica comunista. (...) En este llamamiento no se contiene ni una sola palabra sobre la lucha inmediata por el poder. Esta tarea no ha sido planteada ni por el Partido Comunista de Alemania, ni por la Internacional Comunista. Pero, yo puedo decir que el llamamiento de la Internacional Comunista prevé la posibilidad de la insurrección armada* ”. (Dimitrov en *El Proceso*, págs. 166 a 168).

18 Jassies, *op. cit.*, pág. 35.

mantener esta falsificación se hacía en aras de la llamada “pedagogía popular”¹⁹, pues no podía permitirse blanquear la responsabilidad de los nazis en la contienda que había arrasado al mundo, algo que podría llegar a relativizar los otros crímenes por ellos cometidos. Sólo a partir de los sesenta, cuando la cuestión nazi ya está más lejana y parece definitivamente resuelta, cuando los puntos de fricción en el mundo son de otra naturaleza y el interés de las masas se dirige hacia ellos, entonces los acontecimientos del Reichstag son paulatinamente tratados con nuevo rigor, más objetivo y ajustado a la realidad de los hechos probados. Sin embargo, el descenso en el nivel de atención por parte de la población sobre la Segunda Gran Guerra permite que aún perdure la versión vencedora del complot nazi en el mejor de los casos, cuando no la extensión de su completo desconocimiento.

La trascendencia que tiene la edificación del complot nazi reside en que su esclarecimiento definitivo pone en entredicho la responsabilidad política de cada uno de los aliados en el inicio de la guerra. En mayor medida señala la culpabilidad de las democracias occidentales por haber permitido el rearme alemán esperando volverlo contra el este y, en no poca importancia, pone al descubierto el viraje de los comunistas, con la Unión Soviética a la cabeza, que optaron por una práctica basada en el realismo político de la alianza antifascista e interclasista basada en la práctica de la diplomacia política, en lugar de desarrollar la lucha de clases y prepararse para transformar la guerra imperialista en lucha por el poder definitivo. La luz sobre lo que en verdad ocurrió en el Reichstag cuestiona las políticas tanto del KPD como de la Internacional Comunista en la época. Esto es lo que impedía reinvertir la tendencia desatada con las falsedades iniciales, agravadas por la guerra, e institucionalizadas por el nuevo orden mundial de división del mundo en los dos bloques vencedores. Los medios empleados para el noble fin de dañar al máximo la imagen del Nacional-Socialismo afectarán el desarrollo posterior de políticas basadas en el ensalzamiento de la “democracia” como eje sobre el que pivotaban ambos bloques. El perfil democrático y pacifista reclamado por ambos bloques sólo podía resentirse del cuestionamiento de los hechos oficiales popularizados durante el juicio de Leipzig. Ahora, la necesidad del Balance del ciclo de Octubre requiere cuestionar las políticas y los acontecimientos en aras de rescatar las verdaderas enseñanzas de todo el periodo.

Nico Jassies, autor del libro, valedor de la memoria romántica de Marinus y partidario del consejismo más radical, al opinar sobre el papel del complot en la historia, se empeña en desacreditar a las organizaciones de tipo leninista por un supuesto distanciamiento del compromiso revolucionario que sería intrínseco a su propia naturaleza. Busca falsos argumentos para denunciar las derivas que los partidos comunistas irán tomando en su progresivo alejamiento de la vía revolucionaria, achacándola a la conformación leninista del Partido de Nuevo Tipo. Esta búsqueda le lleva a tropezar en el mismo tipo de despropósitos analíticos en los que incurre al optar por la exaltación de la acción de Marinus para intentar desmontarlos. Jassies afirma que organizaciones que practican el terrorismo, son para él el exponente del modelo de partido leninista²⁰, cosa que es falsa, pues las organizaciones que practican el terrorismo son, cuanto menos, desviaciones del modelo leninista de organización que se reestructuran malamente para la acción directa conspirativa y, cuanto más, son producto directo de la tendencia que dentro del movimiento obrero opta por seguir la vía, mal llamada antiautoritaria, que lucha por imponer el doctrinarismo anarco-consejista basado en la *autonomía obrera*, intentando conciliar el marxismo con el utopismo libertario. Por lo tanto, traer a colación, como argumento en apoyo de su opinión, la experiencia de las Brigadas Rojas italianas para demostrar el fracaso del partido leninista, sólo puede volverse en su contra pues, precisamente ellas, tienen su arranque en la fusión del radicalismo pequeño burgués, originario de los Comités Unitarios de Base universitarios, con las luchas obreras dirigidas por el autonomismo proletario entre finales de los años 60 y durante la década de los 70. De un primer estancamiento del movimiento autonomista nacerían las Brigadas. En aquella época, el movimiento comunista italiano estaba en manos del todopoderoso revisionismo del Partido Comunista, el PCI, que bregaba, en aplicación de las tesis del llamado eurocomunismo, por conseguir el *compromiso histórico* con la Democracia Cristiana y abrir definitivamente la vía italiana pacífica al socialismo. Ya desde mediados de los sesenta, la cuestión principal en las filas del movimiento comunista era la constitución de un auténtico partido comunista revolucionario que diese caza al revisionismo del PCI y volviese a encarrilar la vía revolucionaria, tarea auspiciada sobre todo por la lucha internacional que el Partido Comunista Chino abanderaba contra el revisionismo

19 *Ibidem* , pág. 71.

20 *Ibid.*, pág. 65.

soviético. Sin embargo, la extrema izquierda acometía el combate contra el conciliacionismo del PCI y su “estructura burocrática” renegando paulatinamente del leninismo, pretendiendo evitar la vía de la conciliación pacífica de clases haciendo hincapié en la autoorganización y la democracia participativa de base y renunciando a la constitución de una organización política de vanguardia, con lo que su inclinación por la acción directa y cada vez más espontánea dificultaba la formación de un partido revolucionario de tipo leninista, entorpeciendo activamente esta tarea que se llevaba a cabo desde otros sectores escindidos por la izquierda del PCI. En medio de este proceso de luchas de la extrema izquierda italiana nacerá, como fuga hacia adelante más consecuente con el utopismo radical antisistema, la organización de las Brigadas Rojas, cuyas acciones, sometidas a una política que tendrá como eje central la sustitución desde un principio de la lucha armada por la violencia de la acción directa, pasarán a dominar la iniciativa política en el país. El asesinato de Aldo Moro y el incremento de la represión, no sólo llevarán al abandono definitivo del objetivo del *compromiso histórico* entre el PCI y la Democracia Cristiana, sino que la represión se abatirá sobre todo contra el autonomismo obrero, provocando la desunión orgánica y la desarticulación del proceso de lucha contra el sistema capitalista, aniquilando también, en aquel momento, las posibilidades de reconstitución del Partido Comunista y de recuperación de la vía revolucionaria y escorando hacia la derecha al Estado y la opinión pública italianos, forzando la desmovilización y desactivación paulatina de todas las experiencias de luchas obreras y estudiantiles de aquellos años.

Es precisamente la impotencia de la lucha anarco-consejista por resquebrajar el sistema la que propicia que la lucha armada sea confundida con la práctica terrorista. Como caso extremo de desviación, una acción individualista y en ausencia completa de organización, como lo prueba el caso de Marinus, es, en toda ocasión, suplantada y manipulada precisamente por las organizaciones que tienen el poder, la fuerza y la capacidad para asimilar el acto a los acontecimientos en función de sus intereses.

La impaciencia revolucionaria de Marinus

El culto al espontaneísmo es generador de individualismo y el individualismo lleva a su vez a favorecer el espontaneísmo. El obrerismo a ultranza no puede zafarse del nivel de conciencia del obrero medio si no es con actos individuales con la vana pretensión de que sirvan de espoleta esclarecedora para esas masas obreras medias.

Marinus está afectado profundamente de este culto al espontaneísmo. La impaciencia revolucionaria que lleva a profesar este culto tiene su origen en un conocimiento débil del marxismo, en un desprecio por la realidad político-social y en un rechazo de la objetividad científica. La incapacidad para asumir un plan conlleva el abandonarse a la consecución de los objetivos sin tener en cuenta las condiciones concretas, las leyes del desarrollo revolucionario de la sociedad y los pasos y etapas por las que debe abordarse toda transformación profunda. No tiene en cuenta la irregularidad de la evolución social de la humanidad, jalonada de avances y de retrocesos, que se expresa en un desarrollo desigual. La escasa comprensión de la evolución de la situación concreta lleva a combates ocasionales, sin orden ni método, reduciendo la acción a huelgas y algaradas que, debido al rechazo de principio a la organización política de la clase, se llevan a cabo sin plan ni concierto, confundiendo en los medios empleados el objetivo deseado. Así, el pensamiento radical se representa a través de consignas políticas de consumo inmediato, sustituyéndose las circunstancias reales por la mera voluntad como fuerza motriz para el desarrollo de los acontecimientos. Representativo del comportamiento individualista y contradictorio de Marinus es la rotura de cristales de la Oficina de Ayuda Social de Leiden, en la que había solicitado, por dos veces, una ayuda para montar una biblioteca para obreros y parados, al ver rechazadas ambas peticiones²¹. Esto no lo detendrá, y así, varios meses después volverá a presentar la misma solicitud con idéntico resultado negativo. Esta vez protestará poniéndose en huelga de hambre, siendo hospitalizado a los pocos días, actitud que depondrá a cambio de promesas que no serán cumplidas. Es contradictoria la preferencia por mendigar una subvención de una institución del capital y rechazar la forja de una potente organización comunista independiente del sistema y que pueda, por sus propios medios, dotar de las infraestructuras

21 Jassies, *op. cit.*, pág. 22 y 23.

y recursos necesarios al proletariado y cuyo objetivo sea la revolución y la toma del poder. Sin embargo, mostraba iniciativa sobrada a la hora de buscar financiación para sus viajes políticos de interés particular²² y sin recurrir a la mendicación institucional.

Para ser revolucionario debe de anclarse profundamente en el individuo el odio al capitalismo, pero este odio debe de ser negador de la condición de explotado y también de la forma en que se expresa dicha explotación, la forma de existencia real de la clase. El esquema de pensamiento de Marinus recoge la contradicción entre, por un lado, odiar con vehemencia a la explotación capitalista, sobre todo en sus manifestaciones más directamente patentes de injusticia y opresión, y, a su vez, rendir un culto irreflexivo hacia las masas explotadas y su actuación espontánea, que nunca puede llegar a superar el marco económico de su acción que viene definido por su posición material objetiva en la organización social del sistema, posición de obrero asalariado que no es cuestionada más que en los aspectos más inmediatos y superficiales, pero que nunca llega a afectar el fondo que subyace tras esos aspectos y que reside en la división social del trabajo. El revolucionario marxista debe posicionarse intelectualmente fuera de esa contradicción para combatirla desde una posición de independencia, única posición desde la que puede revolucionarizarse el sistema para negar dicha contradicción. En Marinus, como por otra parte en todas las corrientes anarquizantes, se perpetúa ad aeternum el divorcio entre el ideal y el objetivo final y la interpretación de la realidad social y material en la que ha de desenvolverse la acción revolucionaria para alcanzar el fin. El odio al capital no puede, no debe jamás, nublar la razón sino que ha de incitar a la fusión entre organización e ideología como base para la acción. El proceso revolucionario se está demostrando lento, a veces insoportablemente lento, pero un ansioso voluntarismo no puede oscurecer la voluntad basada en la reflexión y el estudio pacientes y concienzudos que permiten asentar con firmeza los pasos que se han de dar para llevar a cabo las tareas necesarias que el estado de la revolución demanda.

El pensamiento desiderativo al que lleva, a veces, el odio sin fisuras al capital, se aleja del comunismo que tiene como fin enlazar el pensamiento emancipador con el movimiento real de la sociedad, y lo acerca al anarquismo que eleva a axioma la impaciencia revolucionaria.

Una praxis a desterrar

Si analizamos el resultado práctico como criterio para esclarecer la idoneidad de una praxis determinada, hemos de llegar a la conclusión que, no sólo la acción de Marinus, sino que la verificación del modelo propuesto por el comunismo consejista ha resultado ser un fracaso desde un principio, mostrándose incapaz, no sólo de desenmascarar ante el proletariado las “mentiras de la máquina de propaganda estalinista”, ni de causar serios problemas al sistema capitalista, y menos aún conseguir derrotarlo.

El consejismo, al mantener al proletariado en su nivel más bajo y espontáneo de organización ideológica y política por miedo a interferir en su supuesto libre albedrío (algo completamente inexistente, al depender de los problemas inmediatos que le plantean las relaciones de producción burguesas en las que se desenvuelve), retrocede a concepciones premarxistas y por ello es tan asimilable a las distintas corrientes anarquistas y utópicas. No acepta que la realidad supere la idealización de un proceso revolucionario de emancipación que, precisamente por partir de una sociedad corrompida por el interés particular fruto de la división del trabajo, no puede brotar como concepción aséptica y vacunada contra el propio sistema del que brota. Es imprescindible asumir el desarrollo desigual de la humanidad, si no, la propaganda sin vocación organizadora, intrusista en ese sistema espontáneo, y la acción sin tener en cuenta los distintos niveles de conciencia de las masas ni buscar la ligazón con ellas en función del nivel de la acción que ha de llevarse a efecto, acarrea el aislamiento con respecto a ellas, como los hechos han acabado demostrando a lo largo de la historia.

En el caso que nos ocupa, la lucha por el reconocimiento de la verdad de los hechos sobre quién y por qué se incendió el Reichstag no ha hecho más que aislar aún más la acción de Marinus, dotarla de sinsentido, para terminar por arrebatarle de la historia incluso su responsabilidad política, quedando

22 Ejemplos de esta iniciativa son la impresión de postales con motivos revolucionarios bajo la leyenda “*un viaje obrero de deporte y estudio a través de Europa y de la Rusia soviética*”, o el intento de cruzar a nado el Canal de la Mancha para cobrar el premio en metálico para “*que vaya a la causa proletaria*”.

anulado así su mismo acto de protesta²³. Con ello, la debilidad, no sólo numérica sino sobre todo ideológica, de los Comités Van der Lubbe acaba por perder la batalla de la dignificación del utopismo revolucionario de Marinus y la acción individualista, llena de romanticismo y de radicalismo pequeño-burgués, se manifiesta al intelecto como un acto terrorista, que no de violencia revolucionaria, perdiendo el último apoyo y arrebatándole el único sentido que como protesta proletaria podía tener.

Los problemas que causará la acción de Marinus al propio movimiento consejista obligarán al mismo Pannekoek a denunciarla en un artículo como “*absolutamente sin efecto*”²⁴, resaltando correctamente que era la burguesía alemana la más interesada en liquidar el parlamentarismo, con lo que la acción sirvió objetivamente los intereses del fascismo, sumándose y contribuyendo con ello al clima que el auge del nazismo propiciaba. Pannekoek reconoce que una acción individual puede ser efectiva sólo “*en el marco de un movimiento de masas*”²⁵; pero el consejismo rechaza que ese marco no sea operativo si el partido político del proletariado no lo vertebra, con lo que en la práctica deja inutilizado al movimiento y, por consiguiente, su capacidad de acción.

Necesidad de extraer las enseñanzas adecuadas

Que el Reichstag en llamas no haya conseguido despertar a las masas y provocado el ansiado levantamiento no indica la debilidad de la clase obrera alemana²⁶, como afirmaban los amigos de Marinus, sino su elevado nivel de encuadramiento bajo su partido, su grado de organización y disciplina y, por el contrario, desenmascara a su dirección, mayoritariamente reformista, reacia a los esfuerzos revolucionarios que requiere una lucha decidida por el poder y que, en su afán por mantener la legalidad burguesa, descuidó conscientemente la preparación clandestina. Sí que hay una debilidad revolucionaria de la clase obrera, pero esta debilidad revolucionaria se ve reforzada, entre otras causas, por la insistencia de los consejistas en mantener artificialmente al proletariado desvinculado de su vanguardia, lo cual no ayuda a la comprensión de los vínculos que hay establecidos entre la dirección de la clase, predominantemente reformista, y las masas, impidiendo así su superación.

El paso a la ilegalidad atrapará al KPD sin que sea capaz de oponer resistencia alguna, salvo honrosas excepciones. Premonitorio de este comportamiento suicida del KPD es el comportamiento del portavoz del grupo parlamentario comunista, Ernst Torgler, último en salir del parlamento aquella noche antes del incendio y buscado por la policía como instigador, que se entregará voluntariamente para proclamar su inocencia, quedando detenido definitivamente.

Es doloroso asistir a las derrotas, dejaciones, inoperancia y traiciones en las luchas obreras y comprobar el carácter de la política reaccionaria montada sobre el espontaneísmo de las masas. Varias son las alternativas por las que puede discurrir la respuesta de quien se considera revolucionario. Puede caer en el desánimo y abandonar la lucha, puede aceptar la derrota como inevitable e incorporarse a las filas del oportunismo revisionista, puede dar el salto a la clandestinidad y ser paciente, analizar lo sucedido y trabajar para seguir tenazmente los pasos y tareas adecuados o puede optar por una fuga hacia delante, a la desesperada, esperando que lo que uno percibe como correcto de la situación concreta sea comprendido también por las masas por el mero hecho de llevar a cabo una acción espectacular para que prenda también en ellas el ejemplo desbordante de entrega y sacrificio personal.

No puede afirmarse que Marinus sea fiel a los intereses de la clase obrera, porque Marinus sólo es fiel a su instinto anticapitalista dominado por la impaciencia. Marinus no cuenta con la clase para nada de lo que hace, esperando que ésta responda a sus llamados por el mero hecho de realizarlos y, sin embargo, huye de cualquier compromiso que pudiese forzar el camino revolucionario y que implique, a su vez, el encuadramiento disciplinado en una organización de combate. La labor propagandista de Marinus no se ve sobrepasada con el acto del incendio, pues tiene el mismo carácter objetivo, sin vínculo real con la clase y, por lo tanto, fácilmente aprovechable en su contra.

23 Después de un largo juicio para *lavar* el nombre de la familia, en 1983 Marinus será absuelto post-mortem de los principales cargos políticos que pesaban contra él y le llevaron a la ejecución, los de conspiración e insurrección, quedando sólo como un mero incendiario.

24 Jassies, *op. cit.*, pág. 37.

25 *Ibidem*, pág. 37.

26 *Ibid.*, pág. 38.

El modelo de la insurrección que van der Lubbe quiso provocar tuvo su última expresión heterodoxa en la revolución bolchevique. Octubre de 1917 supuso el paso definitivo de un modelo de revolución, que había sido infructuoso siempre para el proletariado, a un nuevo modelo auténticamente proletario y que ha abierto el camino hacia el poder. Se pasó, de un modelo de revolución que obedecía a la coyuntura concreta del momento histórico, fruto de la agravación de las circunstancias socioeconómicas o políticas que esa coyuntura determinaba, y que hacía depender la señal del levantamiento popular de una acción de terror individual, o de un *putch* de fuerza localizado, como el detonante para una explosión social que se extendiera como la pólvora provocando la ansiada insurrección general de masas, a la revolución leninista, que sustituyó ese modelo por la de su preparación y organización previas, de ahí la necesidad del Partido de Nuevo Tipo y del establecimiento consciente de las tareas, que busca adecuar la situación concreta a las exigencias revolucionarias y que hará que sea la dirección de la vanguardia revolucionaria la que dé la orden de insurrección general, actuando en todo momento como centro y Estado mayor de la revolución²⁷.

Todos los fracasos insurreccionales posteriores –de los cuales, dos tuvieron lugar en Alemania, en 1918 y 1923– ya demostraron la imposibilidad de llevarla a cabo sin Partido y sin plan. Lamentablemente, el movimiento comunista y revolucionario aún tardará mucho en darse cuenta de ello. Por otro lado, en aquellos mismos años, la Guerra Popular ya se había pasado en Oriente, anunciando la definición de la nueva estrategia para la conquista del poder, mientras el movimiento comunista internacional renunciaba mayoritariamente a ella, relegándola, en el mejor de los casos, para las calendas griegas tras la invención de quiméricas etapas intermedias. Aún habrá de pasar largo tiempo para la definitiva universalización de la Guerra Popular como estrategia de la revolución mundial. Ahora mismo sigue librándose la batalla para la entronización de esta estrategia en el resto del descompuesto movimiento comunista internacional.

Marinus, colocado correctamente en el lugar de la historia que le corresponde por los hechos, puede pasar, al fin, a engrosar las filas de los millones de combatientes del proletariado que dieron lo mejor de sus vidas, tal y como lo entendieron en cada momento, por la emancipación de toda la humanidad. Hasta la victoria, siempre.

*Movimiento Anti-Imperialista
Septiembre 2009*

²⁷ Cf. “90 aniversario de la Revolución de Octubre”, en *El Martinete*, número 21 de septiembre de 2008, pág. 16.